

(178)

vuestra tristeza y vuestra pena nos quereis encubrir la alegría y satisfaccion que acaso teneis de veros correspondido de la que nos pintais tan rigorosa; pues yo conozco mui bien á las damas de esta ciudad, y no creo sean inconsideradas para dar lugar á que sufra un caballero como vos. ¡Ah, amigo mio! responde Lirinio, ¡qué equivocado estais en vuestra opinion! Ojalá que mis suspiros fuesen fingidos por disimular un bien que no poseo; pero no dudeis ser mui cierta mi melancolía, y que yo me alabaria de esa dicha que suponeis, del mismo modo que me lamento de la indiferencia y desprecio de una muger la mas estraña y cruel de toda la Italia; pues por

(179)

mas cariño y rendimientos que la he declarado y jurado, no he podido nunca lograr una sola respuesta buena; de manera, que ya no sé qué hacer ni á qué arbitrio apelar. Estoy ya arrebatado y entregado á la desesperacion, viéndome sin remedio á tantas penas, y envidiando todos los dias á los que la muerte alivia las suyas; pues teniendo una vida tan amarga, no hago mas que sufrir muriendo de dolor á todas horas. — Amigo mio, yo os creeré en otra ocasion, le replica Ubaldo; pero en la presente veo que guardais un secreto mui disimulado, y haceis mui bien en no fiaros de nadie en asuntos de tanta consecuencia. Por lo que á mí toca podeis

creer que os hablo con verdad sobre ese particular, confesándoos que tengo una dama tan hermosa y tan fina, que me hace feliz sin dejarme lugar á pensar ni desear las demas, por lo que no debeis temer trate de solicitar la vuestra con quien os contemplo mui unido, por mas que querais persuadirme de lo contrario. — Yo os juro, responde Lirinio, que nunca pude lograr la dicha de ser correspondido de Clotilde, y que estoi como si no la hubiese visto jamas; motivo por que vivo desesperado, y tan poseido de la tristeza, que quisiera verme asaltado por la muerte por no padecer lo que padezco, ya que no puedo sofocar esta passion tan vehemente, que no me

deja vivir ni sosegar. — El burlon Ubaldo, viendo á su amigo Lirinio tan enagenado, le llamó aparte, y estando sentandos los dos sobre un sofá, le dijo: Amigo mio, el deseo solo que tengo de veros alegre y libre de toda pena, me hace ofreceros mis servicios y emprender imposibles en vuestro favor; pero es preciso guardéis el secreto de lo que quiero deciros en prueba de mi amistad y compassion al veros en un estado tan lamentable, pues no hai duda en que de todas las pasiones la del amor es á mi entender la mas vehemente y penosa cuando un corazon solo es el que lleva todos los trabajos que deben sobrellevarse por dos voluntades unidas, y cuando

el hombre, arrastrado por tal pasión, ama á un objeto inhumano que le enagena de la razón, y le priva de la alegría, sin darle esperanzas algunas de su alivio; por manera, que si fuese posible, lo que merecia era el desprecio y dirigir la pasión á donde pudiese ser correspondido.

¡Ah! dice el triste Lirinio, si fuese posible ejecutar vuestro consejo, yo tendria alguna esperanza de realizarle para verme libre de este amor; pero es una locura el querer resistir á lo que la misma naturaleza dispone en nuestras almas. Yo os suplico, mi querido amigo, que si sabeis algun remedio que pueda aliviar mis penas, no me le oculteis; pues os juro que

primero sufriré mil muertes que descubrirlo, si merece conservarse secreto. — Ubaldo, viéndole pedir lo que él precisamente queria, le respondió: el medio es tal, que si llegase á entenderlo la justicia, eramos indudablemente perdidos; sin embargo de que tengo tal confianza en su ejecucion, que me parece lograreis de esta manera ser correspondido de vuestra dama, pues sin violencia alguna os seguirá á donde querais llevarla. — Si es por encanto, nada importa; pues ni los diablos ni otros espíritus me detienen en la empresa, siempre que yo pueda lograr el fin, y por toda mi vida os estaré reconocido de haber sido el que me ha librado de tantos tormentos: así,

pues, os juro y os prometo segunda vez que será eternamente guardado el secreto, y que moriré antes cien veces que revelarle. — El amigo Ubaldo, llevado de sus diabólicas travesuras, y teniendo ya vencido al enamorado Lirinio á seguir sus consejos, le condujo paseando á la iglesia de santa Petronila, donde le dijo: Hace tiempo que tengo hecho juramento de no mezclarme jamas en cosas supersticiosas, y de olvidar enteramente á los ángeles de Lucifer; pero la amistad que os profeso y la compasion que me causa vuestra situacion, me hacen violar por esta vez mis juramentos y la palabra que habia dado á tantos hombres de bien, que me han solicitado,

viendo el poco honor y provecho que un hombre saca de seguir semejantes costumbres. — Pues yo os suplico encarecidamente, dijo Lirinio, me hagais el favor de revelarme vuestro secreto con toda confianza, ya que quereis cooperar á mi felicidad; y si no logro ver cumplidos mis deseos, la pena vendrá á costarme la vida.

Ved aquí hasta dónde llega la demencia de este infeliz; pues que cree que el diablo puede forzar la voluntad de una muger resuelta á guardar su castidad. Es verdad que los espíritus malignos tienen algun poder para obrar efectos maravillosos y ofuscar nuestros sentidos con terribles ilusiones; pero esto no es mas que en cuanto Dios

lo permite, como se lee de los encantadores de Egipto; mas que este enemigo de las almas tenga permiso de Dios para trastornar el corazon de un hombre ó de una muger (por invocaciones que se le hagan), no queriendo de su voluntad pecar, es un error moral: Satanás deseaba afligir al siervo de Dios Job; y por mas que andaba á su alrededor, no se atrevió á intentarlo hasta que el Todopoderoso le dió licencia para atormentarle. En las historias eclesiásticas vemos que el diablo ha hecho mil tentativas contra los santos mártires y confesores; pero todo era inútil mientras que Dios no le permitia el paso; pues siempre le hizo conocer la debilidad de sus esfuerzos.

Del mismo modo han sido momentáneos todos los pretendidos milagros de los encantadores, y han sido desvanecidos al momento como el humo. Leed los hechos espantosos y sobrenaturales de aquel gran mágico Simon Samaritano, que fue despreciado por los apóstoles, queriendo comprar los dones de Dios con dinero. El mentiroso Filostrato nos cuenta maravillas de aquel compañero de los diablos Apolonio Thiano: mas todo esto, aun cuando fuese cierto, eran fantasmas, y no se ve un solo milagro de estos diabólicos, que no se desvanezca al momento que es presentado al pueblo, del mismo modo que los reyes que representan en un teatro, pierden su

reinado en el mismo acto de correrse el telon. En suma, jamas se vió encantador que fuese feliz en su vida, ni con una muerte honrada; pues siempre son malos, vagabundos, mal mirados, pobres, y presentan mas bien la imágen de muertos y del infierno, que la fisonomía agradable de un hombre á quien Dios haya permitido tener la cabeza erguida para contemplar la beldad de los cielos á que aspira; pues estos frenéticos no miran sino á la tierra, no frecuentan sino los sepulcros, no aman sino las tinieblas, como si se paseasen ya con Ulises ó Eneas por los oscuros salones de los infiernos.

Mas volviendo á nuestro asunto, el ciego amante Lirinio supli-

co tanto al que le habia encantado con su mentira, que al fin, asi como obligado, le prometió sus auxilios, y enseñarle los medios de ganar la voluntad á su dama; pero volvió á exigirle la palabra de no descubrirle, aunque le aconteciese lo que le aconteciese: todo esto lo hacía para inspirar mayores deseos al simple Lirinio, y poder salir de alli con la seguridad de tenerle bien persuadido para comunicarlo á sus compañeros, y tomar uno que le ayudase á ejecutar su diabólico proyecto. Volvió Lirinio á jurarle el mayor sigilo, y entonces ya empezó á descubrir al amante toda su farsa de magia, diciéndole: que la geomancia en nada le podia ayudar, y que la hidro-

mancia era de poco efecto para esto, sirviendo mas para recobrar las cosas perdidas, que se hacian aparecer en la vasija de metal, del mismo modo que las sacerdotisas de Dodona comunicaban antiguamente los oráculos de Júpiter al estrépito del metal. La quiromancia servia igualmente de muy poco; pues no consistia mas que en palabras y predicciones por el aspecto de las líneas, sin producir frecuentemente ningun efecto: la piromancia no era necesaria sino para tener el auxilio del fuego y viajar de noche; de consiguiente, es preciso mucho mas que todo esto, y tentar las vias mas secretas de la ciencia oscura, para obtener el auxilio de los espíritus mas su-

tiles y eficaces de la nigromancia: con este motivo, amigo mio, le dice el travieso Ubaldo, es preciso que aquel que obra semejantes encantos, recobre su espíritu y otras cosas que son un poco difíciles á causa del peligro en que se puede ver; pues algunas veces se incomodan los espíritus que se invocan, y desarman su furia contra el que obra el encanto; pero nosotros estaremos todos con vos para ayudaros y enteraros cómo debeis gobernaros en este asunto. — No, no tengais cuidado, dice Lirinio: no hai cosa difícil ni terrible que se me resista, siempre que yo pueda ver cumplidos mis deseos y terminada mi tristeza. — Pues, Señor, repone Ubaldo, es preciso

proveerse de ciertas cosas que son necesarias al efecto, para lo que no hai que hacer mucho gasto. — Lo que es por el gasto, responde el enamorado, no hai que tener cuidado, pues conservo aun algunos doblones que jamas han visto luna ni sol; pero decidme: ¿qué cosas son esas de que tenemos necesidad, para proveerme al momento de ellas? Este encanto, dice Ubaldo, no se puede poner en ejecucion sin adquirir ciertas cosas de un cuerpo recién muerto, porque si hace un año que se le ha dado sepultura, no servirá de nada lo que se tome al efecto; pero esto es fácil de hallar, en atencion á que de un dia á otro se estan marchando muchos á la eternidad;

y quedándose despues abiertos los cementerios, podreis concluir el asunto sin gran trabajo; y para que no tengais miedo y podais efectuar vuestros deseos, yo os acompañaré con dos ó tres amigos; pues lo demas lo haremos despues segun convenga. — Cuando fuera necesario, responde Lirinio, desenterrar todos los cadáveres que tiene el cementerio de santa Petronila, no me daria ningun cuidado. ¿Qué fuerza ni respeto puede dar un cuerpo despues que le ha abandonado el espíritu? Yo no soi de aquellos que creen que los difuntos andan al rededor de sus sepulcros; esas simplezas son buenas para las mugeres y para los niños, ó para aquellos, que teniendo el cerebro



débil, se ven siempre sorprendidos de visiones é ilusiones que dicen ver con sus mismos ojos, siendo solo objetos imaginarios creados por su fantasía. — No, no serás tú el que hagas el oficio de sepulturero, pues nosotros te libraremos de ese trabajo: lo que necesitamos es que tengas mucho valor, y que hagas cuanto yo te diga: ya tenemos muchas drogas, propias para la operacion, como libros, velas hechas de sebo de hombre, y pergamino vírgen, donde estan escritos varios nombres, y otras mil cosas que no me atrevo á deciros al presente, porque no estais aun iniciado en la profesion de los encantos y conjuros. Del cuerpo de un muerto necesitais tomar

tres dientes, dos de arriba y uno de abajo, metiéndolos en vuestra boca tres veces, diciendo ciertas palabras que yo os enseñaré, y sin las que no podriais lograr tuviese efecto el encanto: despues de esto nos los entregarás, y nosotros acabaremos el misterio que tú no podrias ejecutar. En seguida de coger los dientes, teneis necesidad de arrancar la uña del dedo de corazon de la mano derecha del muerto, sin olvidar las palabras propias para su conjuracion: todo esto es preciso machacarlo junto y colocarlo en algun parage por donde vuestra dama pase frecuentemente; y estad seguro de que á la primera vez que pase, aunque fuese la casta Lucrecia ó la muger del

prudente Ulises, os amará y os seguirá á todas partes por donde vayais, sin poderse resistir á su pasión ni negaros cualquiera favor que la pidais; y de esta manera podreis vengaros del rigor con que os trata, haciéndola sentir lo que vale una pasión tan vehemente, como la de un amante tan fino que tanto ha suspirado y suspira por la hora de su logro. Quedará tan apasionada de ti, que aunque quisieses desprenderte de ella á fuerza de golpes y de injurias, será tal la fuerza del encanto, que la será tu compañía cien veces mas agradable que la de todos los hombres del mundo. — Lirinio estaba tan encenagado en su pasión, que no parecia ya sino un tonto, y al oír

todos estos disparates de su amigo, se consideraba en un paraiso de delicias; creia tener entre sus brazos á su amada Clotilde, y lleno de contento contestó á Ubaldo, que todo cuanto le habia ordenado era mui fácil de hacer para él; por lo que le ofrecia ejecutarlo por sí solo sin auxilio de persona alguna; pero que sin embargo, pues que él queria hallarse presente á todo, podia verlo; en lo cual le daría una satisfacción y obligaría mas su gratitud, bajo el supuesto de que no lo hacia por un ingrato, para no tener eternamente presente un favor tan singular. Suplicóle despues que le dijese las palabras que debia pronunciar al tomar los dientes y la uña del ca-

dáver; y Ubaldo, viendo que este ciego amante no conocia el engaño, le respondió, que cuando fuese necesario ir al cementerio, le instruirá de todo, y que le servirá de la mayor satisfaccion lo que entonces sabrá. Nunca Ubaldo hubiera creído á no verlo, que su amigo pudiese tener tan trastornados los sentidos, que llegase hasta el extremo de creer semejantes disparates, y que todas estas cosas pudiesen servir á el logro de lo que deseaba: le dejó lleno de contento, considerándose ya dichoso con la seguridad de lograr el ser correspondido de su dama, y marchó en busca de sus amigos, á quienes comunicó el chasco que intentaba dar á Lirinio, suplicán-

doles le ayudasen en su ejecucion. Fórmase el complot, y señalan el dia, en que á beneficio de una burla han de curar á Lirinio de su locura, lo que acaso hubieran logrado si la intriga no hubiese obrado otras consecuencias, como verán nuestros lectores siguiendo el hilo de la historia.

No hai cosa, por mas detestable que sea, que los hombres viciosos no intenten disfrazar y encubrir con el velo de virtud y santidad: así es, que los que invocan á los diablos, para que se piense que la que llaman arte por sí tan abominable á los ojos de Dios, procede de piedad y religion, se valen y enmascaran de las cosas santas, ayunan con la mayor austeridad, se abs-

tienen de las carnes, y se entregan aparentemente á la oracion: en una palabra, estos desgraciados se convierten en monos, imitando á los que sirven á Dios con la mayor pureza de su conciencia; pero no es sino el mismo Satanás el que los ciega y los hace creer que son los espíritus celestes los que llegan en su socorro para obrar á sus órdenes todas las maravillas; como si los ángeles, que son los ministros de la voluntad de Dios, pudiesen hacer cosa alguna que contraviniese á sus leyes y divinos mandatos; y para dar mas importancia á su idolatría, fingen nombres estraños que espantarían por su aspereza al hombre mas sereno. Estos caballeritos, que habían lei-

do algunos folletajes llenos de estos disparates, sin embargo de que no sabían el modo con que los engañados procedían en sus inícuos proyectos, para que nuestro amante Lirinio se afirmase mas en la creencia de cuanto le decían, le persuadieron á que necesitaba ayunar, y estar por espacio de nueve dias sin acercarse ni mirar á muger alguna, segun la doctrina pitagórica; pero este último punto no era difícil de observar para él, en vista de que la lealtad que guardaba á la que nunca fue suya, le hacia mas casto que discreto: en cuanto al ayuno, era para él de mas difícil ejecucion; y mucho mas, siéndole preciso vivir solamente de yerbas y racimos de u-